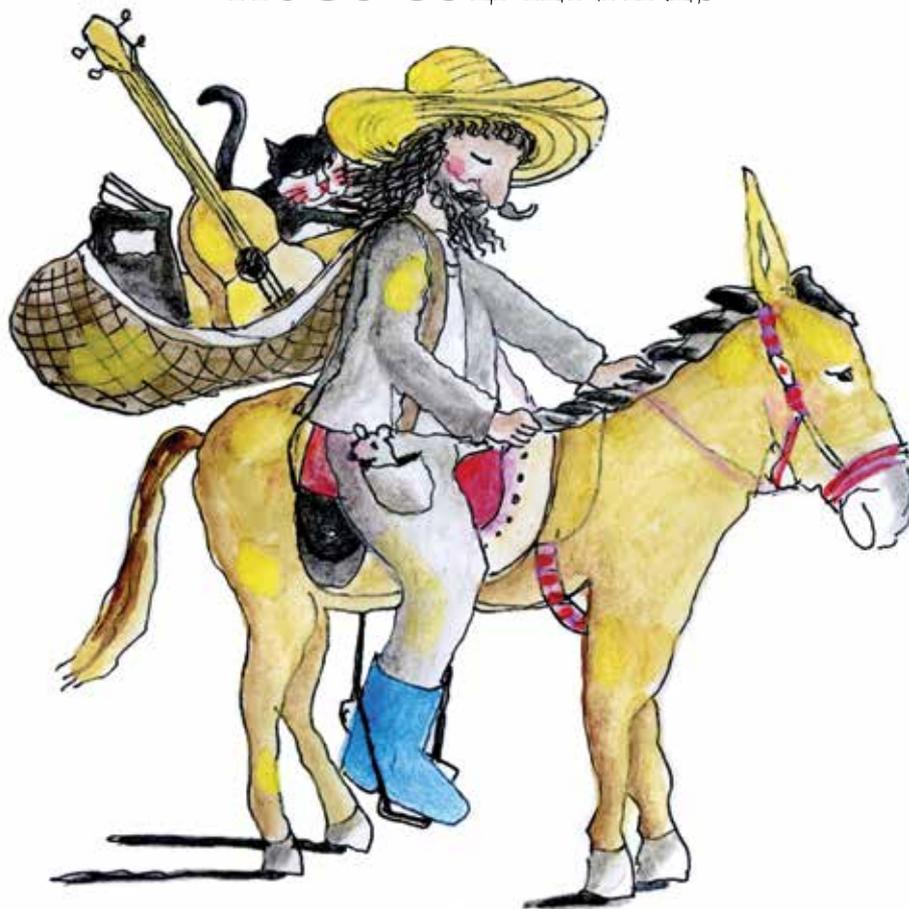


8 años  
en adelante

# LA AFINACIÓN DE GATO VIEJO Y OTROS CUENTOS ENCANTADOS DEL CUATRO

HUGO COLMENARES



Ganador del concurso  
CUATRO CUERDAS UNA PATRIA



República Bolivariana de Venezuela  
CENAL  
Instituto Autónomo  
Centro Nacional  
de Libro

Año del Cuatro

CUATRO CUERDAS UNA PATRIA  
Patrimonio Cultural de la Nación



# LA AFINACIÓN DE GATO VIEJO Y OTROS CUENTOS ENCANTADOS DEL CUATRO

HUGO COLMENARES



República Bolivariana de Venezuela

C E N A L



Instituto Autónomo  
Centro Nacional  
del Libro

© Centro Nacional del Libro  
Dirección: Esquina de Pajaritos. Torre Norte  
Centro Simón Bolívar, piso 20.  
Teléfono: 0212 4842083  
Página web: [www.cenal.gob.ve](http://www.cenal.gob.ve)

© Hugo Colmenares  
La afinación de Gato Viejo y otros cuentos encantados del cuatro

Caracas-Venezuela, 2014

Ilustraciones

© Carmen Salvador

Diseño y diagramación

Carina Falcone

Edición

Kattia Piñango Pinto

Corrección

Talía Ruiz Yordi

Depósito Legal: IF If6992014800417

ISBN: 978-980-6470-29-3

Primera reimpresión

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

*A Mariela León*



# EL CUATRO ENCANTADO







**L**a fábrica de arpas, bandolas montañeras y cuatros del viejo gran maestro, don Alejandro Arzola Parariá, en San José de Guaribe, allá, en la llanura, tenía un secreto que nunca se reveló. Las resonancias de esos instrumentos musicales atraían a coros de ángeles y encantaba a virtuosos ejecutantes de melodías.

—¿Un secreto no revelado? —preguntó la maestra Dionisia Esmeraldas.

—La madera para esos instrumentos era traída desde la selva donde aún vive Amalivaca, el mitológico creador y protector del río Orinoco. Solo los colibríes y las ardiillas saben llegar al árbol que ha recogido los sonidos de los cielos. Antes de tumbar a la majestad vegetal, se pronunciaban palabras sagradas y se miraba hacia la naciente del día.

—¿Por qué le dice “viejo” al maestro Alejandro Arzola Parariá?—volvió a preguntar Dionisia Esmeraldas, quien a sus 97 años, aún ejecutaba con brillantez el arpa tuyera e improvisaba décimas y cantas a los amores perdidos.

—Eso de “viejo” es por respeto a un artista versado en la llanura y sus sonidos.

Alejandro encendió velas, abrió ventanas y cortó madera para fabricar cuatros. Llegaron luciérnagas y el espantapájaros Palma de Oro (que así se llamaba), todos montados sobre hojas de moriche que servían de nave voladora. Las guacamayas se subían al sombrero de él y cantaban el do, re, mi, una y otra vez.

—Vamos a la montaña de arboles milenarios –dijo el espantapájaros Palma de Oro.

Ante la mirada curiosa y festiva de la maestra arpista Dionisia Esmeraldas, Alejandro Arzola Pariará y el espantapájaros levantaron vuelo sobre las hojas de moriche. A la medianoche, ya estaban ante el árbol de los cien mil años con luz lunar que lo hacía más atractivo. El árbol se elevó para liberarse de sus raíces y emitió acentos de arpa dulce que venían del fondo de la tierra.

—De mi cuerpo vegetal podrá fabricar miles de cuatros, arpas, bandolas montaÑe-ras y guitarras –dijo el árbol encantado a los recién llegados, y agregó–: Uno de esos cuatros estará maravillado y al ejecutarlo aparecerán siete ángeles, y Alejandro Arzola Pariará subirá a los cielos, asomado dentro del corazón y boca del cuatro.

— ¿Para qué irse al cielo si allá no quieren a los músicos? –dijo espantapájaros Palma de Oro, quien buscaba, con su imprudencia, que lo invitarán también al viaje celestial.

—El viejo maestro va a enseñar a construir instrumentos musicales en las escuelas de los querubines —dijo el árbol luminoso y de las mil lunas.

El cuatro prodigioso se construyó y el viejo maestro subió feliz a los cielos. Esa noche, en San José de Guaribe, se veían globos de papel que seguían la ruta de las cuatro cuerdas en una aureola fabulosa.

—Es un sueño fantástico que voy a escribir —dijo el periodista Marco Tulio.

—Qué bonitas voces angélicas vienen de las alturas —dijo Carmen Arzola.

Solo la maestra y poeta Dionisia Esmeraldas no vio el espectáculo de cielo nocturno abierto, porque se quedó construyendo una guitarra ante la luz de una vela.



# EL CUATRO DE TOMÁS







**T**omás Parra tenía una dificultad para hablar y según los médicos debieron operarlo a los meses de nacido. A los ocho años en la Escuela Padre Maya, en Catalina de los Vientos, era el artista que recibía más aplausos en los actos culturales y lo anunciaban en carteleras y altoparlantes, como el imitador perfecto de Joselito, el cantante español de películas con Marisol y Pulgarcito.

—Ese niño Parra es un prodigio y debemos llevarlo a la televisión para que se encuentre con la fama mundial –decía el maestro Argenis Garabito, director del plantel.

—Yo sueño con ver y aplaudir a ese pequeño virtuoso en teatros de Caracas, Madrid y Moscú –manifestaba la maestra Rosario Rey, hermana del organista de la iglesia de Los Ángeles, don Antonio Rey.

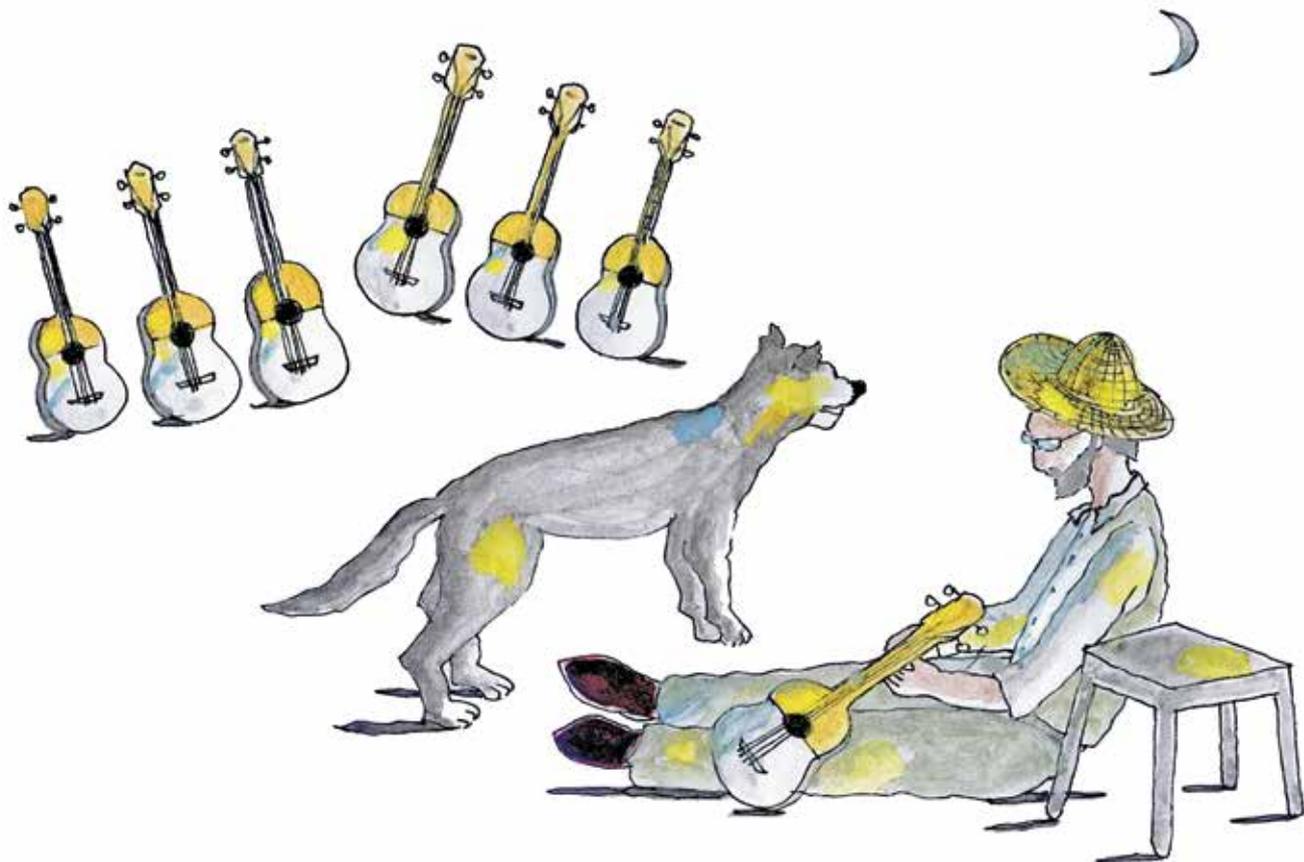
—Es un fenómeno y debemos buscarle una beca para que cante con el famoso teatro Mario Suárez –manifestaba el profesor Hugo Mora, quien afinaba el clarinete junto al saxofón de Juan Moreno y la tambora del zapatero remendón, Rafael Chócoro.

—Si Tomás Parra tiene problemas para pronunciar las palabras, ¿cómo es que al cantar su voz nos embruja? –se preguntaba la maestra Carmen de Pernía, quien a paso lento fue a la casa de los Parra para salir de la curiosidad.

Luego se descubrió que con el cuatro fabricado por el abuelo Dámaso Parra con madera traída de las orillas de la Laguna Grande (siempre encantada), con esa guitarrita de cuatro cuerdas, Tomás Parra tenía el poder de los dioses.

Ya de hombre el cantante perdió la voz. Aún ejecuta con maravillas su cuatro. No fue a los mejores teatros del mundo. Le queda un álbum de artista escolar.

# ANTE LOS ESPEJOS







**C**arpinteros hay pocos, como el cascarrabias de Ramón Ovidio Mora, quien era capaz de traer todos sus perros bravos para que en la vecindad no se hiciera el más mínimo ruido. Le gustaba ver la televisión en blanco y negro con más atención que nadie y no se perdía un capítulo sobre detectives, misterios y los espectáculos de Renny Ottolina.

—A ese señor, Ramón Ovidio Mora, que tiene un carácter de dinosaurio con hambre, le molesta la música y cuando enciende las aserradoras de madera, entonces se tapa las orejas con los colchones donde duermen sus perros guardianes –comentaba con ironía el pintor de brocha gorda, Antonio Manzanilla.

Fabricaba muebles para escuelas y familias de mucho dinero. Por eso, cada vez que llevaban esas bibliotecas, mesas, cajones y entrepaños, era un espectáculo ver y comentar los diseños, la madera tallada o tornada con figuras creadas por él.

Fabricó un ataúd para cuando llegara la hora del adiós terrenal. En el cuarto donde guardaba herramientas, papel lija, pintura, algún dinero, químicos para curar las puertas y mesas, era prohibido entrar.

—Cuando la luna era menguante, el carpintero se molestaba con todos nosotros y por nada —decía Agustina Pérez de Cala, quien planchaba ropa a las familias vecinas.

Ramón Ovidio Mora sabía que no soportaba ruidos y lamentaba no poder disfrutar de la música. En secreto y durante años construyó cientos de cuatros y los colocó alineados ante espejos, al otro lado de su habitación. Ese fue su gran empeño de carpintero.

El día que lo llevaban a las honras fúnebres, una orquesta de niños ejecutaba esos cuatros y dicen que su rostro dibujaba una leve sonrisa.

# CONSTRUIR UN CUATRO ENCANTADO

MANUAL







**P**edro y Rafael Méndez jugaban ludo, ajedrez, naipes y dados rusos luego de terminar días largos en la fabricación de muebles. Les molestaba que a la salida de la escuela, los muchachos vinieran a las puertas de la ebanistería a molestar con sus imprudencias como era pedir madera regalada y solicitar, a nombre de sus padres, que les reconstruyeran instrumentos musicales de madera convertidos en trizas.

—Esa guitarra rota ya no sirve ni para hacer ruido a las pulgas, ni a las pesadillas de la tía Pepe Lola—decía Rafael Méndez.

—El cuatro tiene el sello Pablo Canela y es un tesoro, pero ahora no sé como pegar el cuerpo de tablilla y que conserve el sonido —decía Pedro Méndez a doña María Dolores de Gallo Asustado, quien tenía una tienda de hortalizas y pescado de río.

Rafael y Pedro no estaban para “perder el tiempo del trabajo”.

Además, quienes traían una guitarra, un cuatro, un arpa y hasta un acordeón alemán de botones para darle vida y nueva sonoridad, “querían pagar muy poco por ese trabajo tan laborioso y artístico”.

Por eso, tanta dedicación a ese trabajo, al final no daba ganancia y lo peor de todo era escuchar por terceros, “comentarios de los eternos desagradecimientos”.

Pedro y Rafael decidieron redactar las claves secretas, una suerte de manual, para construir un cuatro embrujado, entre conjuros, y que todas las miradas se fueran lejos del taller de madera “y dejen trabajar en santa paz”, decía el carpintero Pedro.

## **ANUNCIO DE LA CARPINTERÍA VIEJOS AMORES**

Se participa a los niños y niñas escolares de la vecindad en Catalina de los Vientos, que ya pueden construir sus cuatros maravillosos según nuestras 16 reglas secretas.

De ahora en adelante, se agradece no venir más nunca a molestar y quitarnos el tiempo de nuestro trabajo en la orfebrería.

Atentamente,  
Pedro Méndez y Rafael Méndez  
Firmado y con testigos

## 16 CLAVES INVIOABLES PARA UN CUATRO AFINADO

1. Antes de hacer los cortes de madera, se debe escuchar música de cuatro para que la madera vaya encontrando el sortilegio, las cadencias de los ecos.
2. Aprender a dibujar sobre papel el cuatro de la gracia que se desea construir.
3. Cortar la madera según el calco del dibujo en papel.
4. Cuando la noche sea de luna clara y los gatos maúllen en los tejados, es hora de comenzar a construir cuatros. No detener el trabajo hasta la mañana nueva.
5. En el corazón del cuatro se debe colocar siempre un barco hecho de papel para que la inspiración poética tenga su puerto dentro de esa madera aromatizada.
6. La madera, una vez aserrada, se lleva lámina por lámina a un aposento oscuro, preferiblemente un cuarto fotográfico donde debe permanecer nueve meses sin que entre un rayo de luz ni se pronuncie una palabra.
7. Las cuerdas de los cuatros musicales deben ser de tripa de gallina, gato, caballo, pulgas y de burro. No utilizar jamás cuerdas de plástico, menos alambre púa.

**8.** Lavarse muy bien las manos. Limpiar con aceite bendito las herramientas de trabajo. Colocar el aserrín y virutas de la madera en una tela para luego llevar esos residuos al pie de un jardín.

**9.** Los árboles donde pasan la noche los colibríes, y precisamente, ellos que no cantan, alimentan ramas y troncos gigantes que al solo tocarlos emiten sonidos que engalanan los sueños.

**10.** Los árboles donde las aves de rapiña dejan desprecios y carne podrida, ojos de las tinieblas, bañados en sangre, no deben ser utilizados ni para fabricar sillas.

**11.** No debe preguntar una y otra vez cómo se pega y construye el cuerpo acorazado del cuatro, porque aprendida la técnica, ahora es el ingenio y la concentración la que gobierna el paso del reloj, el juego de las melodías.

**12.** Saber seleccionar el tipo de madera embrujada de acuerdo a los consejos de sus abuelos que tengan conocimientos antiguos sobre la edad y bondad de los árboles.

**13.** Si siente que detrás del taller fabricante hay gallinas, perros, burros y gatos, no vaya a voltear hacia atrás porque pierde el talento y se acaba el prodigio.

**14.** Todas las noches se debe colocar un vaso de agua fresca y pétalos de rosas en el taller del carpintero fabricante. La maravilla, el talento llegan a solas.

**15.** Un puñado de sal se puede lanzar hacia atrás, sobre el techo, si escucha aullidos de lobos.

**16.** Una vez emprendida la fabricación musical no se debe bostezar, sino solo ir a descansar dos minutos. No debe comer, ni hablar necedades en voz alta.

Pasaron los años y los fabricantes de hermosos muebles, Pedro y Rafael Méndez, se hicieron muy ancianos. Andaban a paso lento por Catalina de los Vientos; se detenían por puertas y ventanas para escuchar cantares y melodías de los cuatros alegres. La estampa se vivió hace unos 50 años.

Una lágrima era recogida por esos sombreros y volvía esa alegría de la madera que respiraba música con el juego de las cuerdas, conocedoras de la vida de los gatos.

Al final de los tiempos, los hermanos Pedro y Rafael dijeron que las claves secretas para un cuatro afinado no las escribieron ellos sino el bandido roba mortadelas, el curtido en vinagreta y cebollas: el mismo Gato Viejo.

# LA AFINACIÓN DE GATO VIEJO

VIDA SECRETA DE UN PERSONAJE MIAU  
ENTRE ENVIDIAS, REVELACIONES Y ELOGIOS





# 1



**S**iempre circuló la fama del glorioso músico don Gato Viejo, quien utilizaba un extravagante sombrero para ocultar su mirada y sus largos bigotes con escarcha y miel, aunque los mininos no prueban el dulce.

Dicen de él, además, que era un virtuoso maestro de los instrumentos de cuerdas. Hasta leía el pentagrama a primera vista y si se quedaba dormido, el instrumento era llevado por obra y maestría de un fantasma invisible.

Y lo más asombroso de él, era cuando improvisaba al estilo de la familia de los Parra o los Sandoval, porque hinchaba de magia a sus seguidores y admiradoras en esas luces de los teatros. Todo el espectáculo se avivaba como si de algún lugar oculto o debajo de las butacas, enviaran resplandores de colores.

Por otra parte, en Catalina de los Vientos no se pierde oportunidad para decir lo contrario: que el felino, ese personaje, era el impostor Gato Viejo que no sabía ejecutar

el cuatro y no afinaba ni con Cambur Pintón, ni mucho menos con: *la 4ª octava; re 3ª octava; fa 2ª octava; si 1ª octava*. Oído de genio, porque conocía las leyes de Beethoven.

“No cantaba. No dirigía la orquesta. Era un simple corbatas prestadas”, aseguraban sin misericordia, José Gonzalo y Zulay, quienes al parecer sí le conocen sus malas historias y las cuales no se atreven a narrar “para que no lo corran por embustero y come fiado”.

Gato Viejo no sonreía ni reclamaba.

Dos cuadras más adelante, el Micifuz se podía sentir a sus anchas y en su mandar.

—Era un mago cuando ejecutaba el cuatro, con más talento que todos los genios. Era el motivo de mayor envidia por quienes no sabían tocar ni maracas prestadas. Lo odiaban los come fororo, avena y mentiras –aseguraba Marina Estrellas Espejo, la profesora de Tejidos y quien dice tener “lecciones musicales escritas por don Gato Viejo” y que ella se niega a mostrar, “porque son documentos personales y con fragancias del amor”.

—Salía de noche montado en un burro dormido a dar serenatas. La gente le gritaba necedades, porque no dejaba dormir con esos ruidos de cuatro roto y desafinado que no valía ni una moneda –precisa con ojeriza el fabricante de velas y turrone, Cristóbal Alfarero, quien es el mejor violinista de su casa, en San Nicolás de la Lejanía.

## 2

Gato Viejo, al parecer, tenía exagerados amigos que lo defendían, porque aseguraban que era un boticario, Blas Guerrero, en Pregonero, quien preparaba polvos mágicos para curar todas las enfermedades y traer la buena suerte.

Sonámbulo andaba el felino en bicicleta y atrapaba cocodrilos que luego amaestraba en su casa. Al decir verdades, el cazador de ratones tenía poderes ocultos, pues volaba como los murciélagos y siempre tenía sus bolsillos llenos de pasas, mazapán y repollos morados.

—Tenía el arte de convertir los sombreros rotos en pequeños jardines de lirios y rosas blancas —aseguraba con asombro la tía Eduvina, pues conoció personalmente a don Gato Viejo en los camerinos del teatro Rex, ubicado entre las esquinas de Chimborazo a Teñidero, en La Candelaria norte.

Los pájaros lo perseguían y las damas con el pelo pintado de azul lejano lo admiraban como si fuera un galán de antiguas películas venezolanas en blanco y negro.

—Se cree que era un gato de verdad —precisa Mariela León.

Quién sabe cómo se convertiría en un respetable anciano que iba lento y apoyado de su bordón haciendo creer que era mago, vendedor de libros o fabricante de perfumes.

### 3

Un testigo de aquellos tiempos asegura a rajatabla que Gato Viejo era una suerte de fantasma que no tenía la rueda de la fortuna ni para comprar un paraguas, ni un buen libro de miedos, ni una camisa blanca y mucho menos agasajar a sus amistades.

Acompañado de algunos curiosos, me acerqué al mercado de Quinta Crespo, donde un antiguo amigo de Gato Viejo, Marcial Liborio Plata y Silva, debía contarme algunas anécdotas.

—Maestro violinista, prestamista, abogado de las causas perdidas, ¿conoció personalmente al brillante concertista de cuatro, don Gato Viejo?

—Hable con el violinista, bandolinista y barbero Efraín Guerrero, quien conoce algunas historias —dijo el hombre de leyes.

— ¿Tiene noticias de Gato Viejo?

— ¡No lo conocí...! —dijo con tono fuerte y eso me llenó de valor o de imprudencia.

— ¿Por qué lo niega?

—No estoy negando nada.

— ¿Quiere contarme un pasaje del Micifuz?

—En mi familia se dice que Gato Viejo solo presumía ante el resto de los músicos de la orquesta bailable TropiSaxo, del ilustrado y comediante Pepe Camargo; y el saxofonista, Gilberto Rey, quienes esperaban que el trampista Gato Viejo se fuera por voluntad propia de la orquesta o dejara de molestar cuando mal tocaba las cuerdas del cuatro desafinado –recuerda Marcial Liborio Plata y Silva, el ejecutante de las campanas mayores y repartidor de pan en bicicleta, en el lejano puerto de Catalina de los Vientos.

—Profesor Marcial Liborio Plata y Silva, todo el mundo sabe que su abuela Sara y Gato Viejo, al parecer, tuvieron amores muy afortunados –le pregunté a riesgo de que volviera a dar gritos y cuando mencioné a su abuelita se puso melindroso.

—Mi abuela Sara Cristina Pelayo Golondrina, quien era ciega, declamaba poemas. Cuando escuchaba conversaciones radiofónicas de Gato Viejo se desmayaba o montaba la escena, porque la voz de Gato Viejo le llegaba al corazón y le bajaba hasta los tobillos.

— ¿Qué más recuerda de la sensible Sara Cristina Pelayo Golondrina?

—La anciana, mi también abuela querida del alma, aseguraba en esa época que ese Micifuz o profesor de Astronomía era un excelente ejecutante del cuatro, cuyas notas musicales hacían que todo el mundo soñara el amor, la fantasía de viajes en globos —nos revela el cronista de Catalina de los Vientos, profesor Pastor Bartolomé Galindo Oboe, quien se interpone cuando converso con el profesor Plata y Silva.

#### 4

Durante algunos años procuré determinar si Gato Viejo era un mito, un personaje de memorias perdidas, si escribió algún tratado sobre música.

No encontré familiares lejanos. Tampoco a personas que tuvieron la oportunidad de verlo, tratarlo o, por lo menos, de haber escuchado personalmente su arte musical.

Después de 71 años de edad casi que me olvido de averiguar con más curiosidad a ese personaje que ahora aparece en algunos espejos, va al cine vestido de mago y conduce el antiguo camión donde llevan caballos acróbatas para la Fiesta del Cuatro de los domingos, en Llano de los Zambrano.

Lo he seguido con cierta cautela, en busca de una oportunidad para saludarlo y decirle que deseo hablar con él sobre el arte de afinar los cuatros y de dónde le viene esa fama de ilusionista, alquimista, escapista y celebrado cronista de cine y teatro.

—Buenas noches, ¿es usted don Gato Viejo? —le pregunté en la salida de la arepera Mi Hambre de Siempre, y él sonrió.

—No, no soy Gato Viejo. Se equivoca.

El hombre de barba larga blanca, con cierto aire de bohemio, de poeta de quién sabe qué siglo, retrocedió. Parece que no le gustó que lo saludara y se abrió paso hacia una sala de invitados que celebran la fiesta mensual de la Cofradía del Mutuo Afecto.

Lo seguí con decisión. Solo puedo asegurar que él entró de nuevo a la sala del restaurante Mi Hambre de Siempre.

Toda la gente quedó asombrada y mucho más cuando ese personaje extraño, de ojos azulados, verdosos o amarillentos, traspasó un espejo ojeado, por la atractiva magia o misterio, que al minuto estalló como si hubiese recibido un golpe con un bastón.

Una semana más tarde iba ese hijo de la sombra por la plaza La Candelaria. El rostro oculto del anciano o de gato músico se entretenía al ver a niñas que apostaban carreras con triciclos y patinetas, según las fotos del pintor Humaraz.

## 5

Gato Viejo daba el aire de un personaje que viene de una película, de director de pista de un circo, de un afamado académico, de maestro de ceremonia, o de tener la suma de todos los conocimientos en una conferencia mundial de magia. La periodista, jefe de las páginas culturales del diario de Puerto Escondido, Chafi Borzacchini, lo entrevistó para la edición dominical.

Ella recibió en sus manos el libro que explica cómo los querubines afinan sus arpas y los arcángeles construyen sus trompetas. En el lujoso restaurante El Capitán de Galicia, frente al diario, se come con cubiertos y manteles delicados. Allí está la foto de Gato Viejo, la periodista y este averiguador de vidas ajenas.

—Tengo la seguridad de que usted es don Gato Viejo... —le dije con sorpresa, luego que se fue la redactora y el fotógrafo José Sardá.

—No insista en averiguar... —me respondió con arrogancia de necio y sonrió.

## 6

En la casa del catire Luciano Rosales, ensayaba la Orquesta Andina de la dinastía de los Sandoval. Macario acomodaba los atriles, pentagramas y luego soplaba el saxofón

prestado de la Escuela de Música Santa Cecilia. El *nonno* Julio con el tiple tachireense; Mario con la guitarra; el tío Julio afinaba el cuatro, según las reglas de la *nonna* Simona; el tío Carlos con la segunda guitarra; tío Bartolomé con la caja de madera, la marimba, timbales y maracas.

El coro esperaba la señal del director, el *nonno* Julio Sandoval. Simona Calderón se alisaba el vestido y se ajustaba la peineta sevillana. Cristina, Alcira, Balbina, Adelina y María se colocaban en la parte de atrás para que el coro también saliera en los retratos de Tulio Duque.

—Tengo una fotografía suya que me regalaron los archivistas de periódicos, Belkis Albarrán y Freddy Jiménez y, por tanto, como un detective y curioso, siento que no me equivoco.

—Lleve esa foto a las calderas del traga dientes y no moleste mi pasado oculto.

—Ya no hay duda –le dije a Gato Viejo.

—Quítese de mi camino, porque tengo los poderes del azufre y lo puedo convertir en un burro flautista.

—Con el retrato constato su identidad.

—Vaya a saber la hora en el último retrete del puerto y cuide sus palabras –me dijo de nuevo el personaje de bastón y botines de plástico azul plateado que usa para la burla y no revelar su verdadero ser.

—Tiene una oportunidad para que salga del olvido; soy periodista, fabricante de pasteles con mermelada de mora y queso. Mi deseo no es molestar su paciencia. Lo puedo lanzar a las estrellas para que viva la fama, aunque sea durante unos días con hambre –le dije con seguridad y sin temor a su rabieta.

—Nos vemos a la medianoche, sin velas ni ramos benditos –me dijo don Gato Viejo y me mostró sus colmillos, pues en la boca y debajo del sombrero se ve candela, suelta olor a azufre y se transforma en un bicho de las pesadillas.

—Necesito conversar con usted... sobre la música de cuerdas... –le precisé.

—Sé en lo que anda y no voy a revelar secretos de magia, encantamiento, ilusionismo y adivinación, porque quien me escucha será llevado a las tinieblas.

—Le pido que me atienda tan solo unos minutos –le insistí para no sugestionarme con su amenaza.

—Es la primera vez que me confunden con un personaje eminente como don Gato Viejo —respondió y dio una carcajada, y de su boca salieron truenos y dinosaurios.

## 7

Comenzó a llover como si su poder trajera tormentas que sacaba de sus bolsillos llenos de arena y relojes (de hace unos cien años atrás) marcándome las horas.

La Orquesta Andina de la familia Sandoval comenzó a ejecutar pasodobles, palomeras, pato bombeado y aguinaldos. Los hijos de Atanasio Parra ya están en la sala y esperan el turno para animar la música con las guitarras, mandolinas y las tamboras de Rafael Cebollero y Rafaelito García Chócoro.

La conversación con Gato Viejo siguió.

—Sí, eso he creído, que usted fue un maestro del cuatro y con más talento que todos los cuatristas hasta la fecha conocidos —le dije de manera apurada.

—Es persistente, pero le aseguro que no voy a hablar —dijo molesto don Gato Viejo, a quien le brotaba candela por los pies, las orejas y el rabo escondido en un pantalón gris remendado.

—Será muy grato hablar de música, del cuatro...

—No tengo virtudes. Lamento que lo voy hacer perder su tiempo.

—También lo consideran a usted como un hábil impostor.

—No me preocupa, tan buen talento que tengo y la envidia de los demás come carroñas –dijo el felino para alabarse.

—Pues cuentan que usted no era capaz de acompañar musicalmente a dos guitarristas, mucho menos estar ante una orquesta, y que simulaba tocar un cuatro y no le soplaban los arpegios ni la boca de esa caja sonora y las cuerdas. ¿Es cierto? ¿Lo niega?

—Siempre se dicen verdades y esa no me corresponde aclararla por honor –dijo para defenderse de la historia falsa contra su vida.

De pronto, me quedé como hipnotizado y lo vi que se iba por detrás del edificio París, en La Candelaria. En la distancia compró una taza de avena y fororo hirviente que se tomaba a sorbos de glotón y desapareció.

## 8

Lo volví a ver en el mercado Las Flores, al final de la avenida Fuerzas Armadas, por la entrada hacia Cotiza, seis meses más tarde. Don Gato Viejo iba con un manojito de magnolias, lirios y girasoles, con ese aire distraído que trae la fama, porque mucha gente lo saludaba, tan igual como cuando el actor Tomás Henríquez repartía autógrafos por esos paseos de Sabana Grande y Chacaíto.

Ya no quería seguirlo. Ahora tenía la duda si era el personaje que buscaba o era una necesidad de mi parte a estas alturas de la ancianidad y recuerdos borrosos.

Allá va el conoce tejados a comprar adobo, cilantro y filetes de sardina en la pescadería de Emilio.

Nos montamos en el Bus Caracas, que es de color vino tinto y franjas grises. Pasé hacia los asientos altos de atrás y él ocupó adelante un sillón azul, de acuerdo a su edad, donde viajan los ancianos.

Bajó en la estación El Cristo, a cuadra y media del Cuartel General de los Bomberos, por donde está la casona donde vivió el cantante de vals quiteños, Julio Jaramillo.

Seguí sin afán al tal Gato Viejo. Iba a recibir rehabilitación en el Centro de Diagnóstico Integral Olga Luzardo. Le duelen las orejas y los huesos de tanto saltar de tejado en tejado, y está corto de la vista; por eso como mago ya no deslumbra.

Allí le llegué de nuevo.

Las flores se las entregó a la médico, Florentina Elisa Castañuela Dos Ríos, quien lo operó hace unos meses de los ojos amarillos. El personaje quedó viendo mejor que un telescopio en los viajes siderales.

—Tenemos una cita —me dijo al momento de verlo salir de un espejo que estaba hechizado. La dama médico lo despedía con la expresión de una sonrisa.

—Espero que nuestra conversación sea constructiva y de buena honra, para dos caballeros —le dije y lo tomé del brazo en señal de confianza.

## 9

El último sábado de agosto nos citamos en La Estancia de los Azulejos, una de las casonas más hermosas de Catalina de los Vientos. Me obsequió un cuaderno escrito con su puño y letra, tinta verde y azul con letras capitulares alemanas llamativas.

—No tengo talento para conversar largo rato —dijo don Gato Viejo.

— ¿Es verdad que usted ejecutaba el cuatro con orquestas?

—No he sido un músico genial. Mi vida ha sido la magia, los teatros y recorrer pueblos como vendedor de libros. Nada más.

— ¿Es cierto que existe un manual prodigioso para la afinación del cuatro?

—Claro que sí; existe un manual y es el que le estoy entregando en original con mi tinta. No hay copia. Lo que no puedo asegurar es si ese estudio, que me llevó redactarlo durante más de 60 años, tenga el poder de lo prodigioso.

—Pienso que es un error entregar a un desconocido como yo una obra original —le dije con la mayor consideración y respeto.

—Ya me han dicho que usted va a publicar ese estudio en la revista *Tricolor*, y de seguro defenderá mi nombre como autor.

—No hay duda.

## 10

En aquel lugar estaba Violeta Anunciación Azules, la profesora de las primeras letras. Se acercó y me pidió el libro *La afinación del cuatro*, al que le sacó copia y le devolvió el original a Gato Viejo.

El aroma a flores recién cortadas llenó el lugar.

—Gracias por las copias —dije.

—Va a llover, se anuncia una tormenta —manifestó la dama.

Nos levantamos para hacer el camino y despedirnos.

El maestro don Gato Viejo tenía sus ojos amarillos, con candela en las orejas. En un segundo levantó el vuelo como un vampiro y se marchó. No se despidió como los caballeros. La dama me entregó un sombrero y también desapareció para siempre entre los árboles y ese perfume de rosas blancas.

## 11

La afinación del cuatro tiene secretos, comienza a decir el libro original de Gato Viejo. No se trata de pasar el dedo pulgar sobre las cuatro cuerdas de la guitarra chica. Es un acto de magia para que las notas musicales puedan cautivar, llenar los sentidos y las canciones sean inolvidables.

— ¿Cuál es la técnica perfecta para afinar el cuatro? –le pregunté en otra oportunidad al maestro Micifuz.

—No hay una técnica perfecta... Debo irme, ya vienen las tinieblas y el hambre me invita a comer sardinas a la plancha –dijo en tono de burla.

—Entonces, ¿qué existe? ¿No hay un conocimiento?

—Los secretos que usted cree que yo poseo están detallados en el libro original y si no logra publicar una página me lo devuelve en un sobre, donde voy a guardar las cenizas de este mismo libro que me acompaña desde hace más de medio siglo.

## 12

Encendí dos velas. Coloqué un vaso de leche y unos bizcochos sobre el mantel blanco. Abrí la ventana que mira hacia donde nacen las lunas y espera el amor. Busqué la máquina de escribir que me heredó el cuentista Oscar Guaramato, en mis mejores tiempos del diario de Puerto Escondido, y puse aceite a las barras de las letras. Coloqué papel tamaño cuartilla e inicié la transcripción del libro *La afinación del cuatro*. Un ratón comenzó a distraerme para llevarse los panecillos con miel.

—Esa máquina de escribir no marca bien los acentos —dijo el profesor Julio Barroeta Lara.

Fue la noche del apagón y fue cuando conocí la oscuridad de la propia oscuridad. El viento cerró las ventanas y apagó las velas. En el libro aparecía un búho que solo deja ver sus ojos amarillos, como los de Gato Viejo, y vuela en la sala y biblioteca. Quiere irse.

Cerré el libro. Todo volvió a la calma.

## 13

Esta mañana apareció el señor de los habanos gigantes —que distribuye el correo postal y siempre anda contando historias maravillosas de amores, brujas, hechiceras,

costureras y panaderas, al pintor Néstor Melani–, “El último hombre de sombrero”: Esteban Márquez.

—Tiene correspondencia de Gato Viejo –dijo el hombre de las cartas.

—Gracias...

—Ese sobre y sellos postales tienen olor a cebolla podrida –me dijo.

—Sí... es verdad –respondí al constatar que algo extraño llegaba.

Abrí el sobre y solo decía a manera de pregunta, en la primera página descuidada: “Cuándo publicará el libro de *La afinación del cuatro*”.

Seguí en la lectura del manuscrito con una letra que muchas veces no entendía y que tenía arabescos con tinta gris y roja al comenzar los pequeños capítulos. Allí estaban algunas reseñas de lo que Gato Viejo, antes de despedir su séptima vida, recopiló en esas andanzas. Luego me enteré que el Micifuz se ocultaba en una aparente timidez, en alguna expresión de come macarrones fríos. A él no le interesaba la fama sino conquistar el corazón de una gata que vive en el mostrador de perfumes de la tienda Aguadía de los Luceros, en Catalina de los Vientos.

Por otra parte, el señor de las empanadas, Herney Marín, me dijo que ese minino (encebollado traga ajos fermentados) como lo es Gato Viejo “es medio pícaro y sordo cuando le conviene. No tiene habilidad para las melodías. Su vida anda más desafinada que un piano en una cárcel”.

La verdad que, a esta edad, uno ya no sabe a quién creerle.

Lo registrado, lo constatable, es que aquí está el libro original de *La afinación del cuatro*, de don Gato Viejo y me siento honrado de extraer algunos comentarios. Hay algunos pasajes que son poco creíbles, como aquel donde se recomienda “sentarse debajo de un gallinero, afinar 12 cuatros en una hora” y sentir los resultados poéticos. ¿Quién se atreve ir a ejecutar joropos, valeses y galerones cuando las gallinas están cerca del nidal?

Leamos entonces algunos apuntes de tan mencionado libro de las entonaciones.

### ESCARCHA EN LA BOCA DE MADERA

El maestro Freddy Reyna decía que la mejor manera de afinar el cuatro era levantarse a la medianoche, abrir ventanas y colocar el instrumento sobre la mesa con mantel blanco y cintas doradas; esperar a que los peces de colores llegaran junto a los colibríes; derramar escarcha sobre la boca de madera y cuando se abra el sol se ejecutará

el instrumento. A partir de ese instante la música será angelical, llena de ternura, un juego de la poesía. El cuatro no podrá pasar a otras manos porque se pierde el poder de la magia.

### LA MEDIANOCHE EN LA MAR

Belinda Alcalá y Acuarelas, la entrenadora de natación y profesora de instrumentos de cuerdas, tenía sus confidencias y era llevar el cuatro, el arpa, la guitarra y el violín a la puesta del sol, frente al mar. La brisa debía dar con las cuerdas al momento de la última luz de los soles y cuando apareciese una ballena ante nuestro asombro. Al momento todos deben callar para escuchar el oleaje; entrar a las aguas saladas, oscuras y profundas porque los instrumentos asumirán la forma de un delfín. Al llegar la medianoche, la guitarra, el cuatro y el arpa estarán de nuevo en nuestra presencia y su música será como la creación de los grandes compositores.

### MIEL EN LOS LARGOS BIGOTES

Según cuentan cronistas de Caracas a mediados del siglo XX, el ilustre maestro de música, compositor y director, don Vicente Emilio Sojo, colocaba miel a sus largos bigotes y llegaban las mariposas, las abejas y los grillos. Colocaba el cuatro lo más cerca posible del piano, junto a las flores del paraíso traídas especialmente de los páramos de La Grita. Ese momento mágico de colibríes y mariposas en sus bigotes era para perfec-

cionar el cuatro. Luego venía la inspiración poética y musical con el vals del colibrí y la danza del sapo cururú, con letra de Isabel y Luiz Carlos.

## LEVITACIÓN DEL CAJÓN DE MADERA CON EL CUATRO

El cuatro debe ser envuelto de la manera más delicada en papel de regalo, junto a cuadernos y lápices de colores. Colocarlo en un cajón de madera debajo de la cama y abrir ese encierro 20 años después. No andar con curiosidad de necio porque si el cajón se destapa en el tiempo no convenido, habrá un olor a ratones muertos que permanecerá durante meses. Cuando llegue el día exacto y durante la noche, la sala debe estar adornada e iluminada como una fiesta de enamorados. A la medianoche, el cajón levitará y se verán fuegos artificiales. Habrá llegado la hora de que cada quien afine sus instrumentos siguiendo la escala del cuatro cautivo durante 7.300 días y noches en la oscuridad absoluta.

## RATONES AGRADECIDOS

Josefa Milena Alba del Bosque acostumbraba colocar trozos de pan sobre las cuerdas y caramelos dentro del corazón del cuatro para dar refugio de emergencia a los ratones, con la idea de que los gatos, en la carrera brutal, no pudieran molestar con sus bigotes el reino de esos holgazanes. Los ratones podían vivir dentro de la barriga del cuatro hasta un año. Luego, en agradecimiento, estos se encargaban de afinar el instrumento musical.

Nunca antes, dijo el poeta Aquiles Nazoa, la música del instrumento sonó tan bonita, que hasta se llegaba a tener el poder de soñar lo que más se quisiera.

## MADERA DE CIEN AÑOS Y LAGARTIJAS

La abuela Celesta Espinas Calabaza, siempre aseguró que nunca le gustó tener guacamayas porque aprendían los cuentos necios de la vecindad. Por eso, durante 50 años se dedicó, a solas y en retiradas en su taller, a fabricar cuatros que eran afinados por lagartijas amaestradas. Un cuatro, decía la abuela, debe nacer desde el árbol de los encantos. La madera debe esperar unos 100 años. Cuando se dibuja la madera a la medianoche para dar cuerpo al cuatro no se debe hablar en voz alta. El cuatro es como la mar en caprichos, porque de pronto sus sonidos son fuertes, molestan. O por el contrario, las resonancias hacen que de cualquier lugar de la tierra broten flores. Una música así, cree la abuela, es lo que permitiría que no existiera una guerra contra ningún país.

Victor Julio y Felipe Cumbia Márquez nunca quisieron escribir el manual para afinar el cuatro de las serenatas y los cantos de aguinaldos en la orquesta Catalina Musical. Al parecer, se iban a la boca de los páramos El Zumbador, La Negra, El Rosal y Las Puntas a conocer los sonidos de los vientos, los árboles y nacientes de los ríos. Allí, en esas ventiscas heladas, permitían que el viento de esas alturas templara las tripas de los gatos, que eran las mejores cuerdas musicales para un cuatro fabricado por el mejor conocedor de madera. Otros creen que los cantantes y ejecutantes del cuatro colocaban a las

clavijas azabaches, sortijas y patas de conejo para así hechizar a los escuchas de sus interpretaciones.

En estos enredos y detalles es bueno recordar que Marco Tulio y José Roberto, miembros de la Cofradía de Mutuo Afecto, aprendieron en Pueblo Hondo, a colocar los cuatros debajo de helechos anidados entre piedras volcánicas traídas de las ocultas memorias de esas montañas de El Tesoro. Los cuatros afinaban por arte del encanto sin mover clavijas. Antes del día rey se escuchaba música angélica del cuatro. Víctor Julio y Felipe Cumbias Márquez anotaban las ideas musicales.

### DEBAJO DE UNA COBIJA

Zoraida Regina Arroyo escribía poemas y cuentos para los niños de las escuelas del piedemonte andino y convocaba a talleres sobre la afinación del cuatro por arte de los hechizos. La cité a la medianoche en la Escuela Venezuela, donde se encendía una fogata en la mitad del inmenso patio para ver la llegada de estrellas. No permitió que le preguntara por sus conocimientos del pentagrama. Algunos discípulos dicen que ella colocaba el cuatro debajo de una cobija tejida con lana de oveja. A los tres días, esas melodías hipnotizaban hasta a las vacas. Igualmente, al amanecer iba sola al río de aguas frías, donde se bañaba con jabón y fragancia de hortensias y calas. De allí, de entre el río y la montaña, los gnomos le entregaban cuatros que debían ser ejecutados dentro de una semana. Tanta insistencia y la escritora Zoraida Regina Arroyo no concedió secretos para el libro oculto de don Gato Viejo.

## TOTAL OSCURIDAD

El maestro de canto gregoriano Graciano Barba Bolaños, hijo ilustre de Loma del Viento, era ciego. Dibujaba la madera con moldes y con la ayuda de guías de madera, hacía los cortes. Un cuatro lo podía construir en tres días. Los grandes concertistas, las academias más reconocidas, los iniciados en los estudios superiores del cuatro, junto a profesores de conservatorios y escuelas rurales no se interesaron jamás en los secretos para armar ese instrumento. Solo estaban atentos a la afinación, al temple y tiendo en el diapasón. Pues él, Graciano Barba Bolaño, con el reloj suizo de principios del siglo XX, escuchaba el despertador a la medianoche. Iba al taller, se aseguraba que todo estuviera en total oscuridad; que no existiera ni un ruido de hormigas llevando pan a escondidas, y allí le daba tonalidad a los cuatros. El músico además se encerraba en un gran cajón que tenía forma de ataúd; se arropaba con una cobija blanca y creaba su escala musical encantada. "El cuatro tiene sus secretos", decía el maestro de canto litúrgico.

Otros secretos están en el libro de *La afinación del cuatro* y se darán a conocer dentro de un mes, cuando la gente de la ciudad apague todas las luces, detenga sus carros, respire profundo y mire hacia el cielo de la medianoche para escuchar la afinación que hacen todos los cuatristas en la Escuela de los Copleiros.



# UN CUATRO EN LA TORMENTA INVERNAL

*A la memoria del periodista y poeta Víctor Manuel Reinoso*







**E**n esos años de crisis mundial de la economía, el entonces periodista Cayetano Ramírez, experto en temas petroleros, debió viajar como corresponsal del diario *Últimas Noticias* a Nueva York, donde se reunían a final del año los presidentes de las potencias económicas del mundo occidental.

—Nueva York estaba, esa noche vieja de los años 60, bajo una terrible tormenta invernal y todo estaba paralizado, salvo el paso de los bomberos que veía pasar desde el hotel, donde con una máquina manual de escribir redactaba las noticias para el diario caraqueño —recordaba Cayetano Ramírez.

Faltaba media hora para el Año Nuevo y Cayetano estaba en sus añoranzas, lejos de la familia. Un periodista que no sabía si dormir, cantar una canción o bajar a recepción para hablar con el personal del hotel y disipar esa tristeza tan larga como una noche de invierno.

—De pronto, escuché que cantaban el “Alma Llanera” el sonido de un cuatro. El corazón se me salía de la emoción. Bajé rápidamente desde el piso 12 por el ascensor oloroso a pino y velas aromatizadas.

—Sí, señor, de inmediato subo a su habitación –dijo el uruguayo Gonzalo Flores Martínez, gerente de hotelería y quien en un tiempo fue piloto militar.

—¿Desde cuál de los edificios viene esa música venezolana? –preguntó casi lloroso el periodista Ramírez.

—Sospecho que debe ser del edificio Venezuela que está en la otra calle y un miembro de la familia Briceño Ríos; es el maestro pastelero de nuestro restaurante – respondió el gerente Flores Martínez.

Al llegar a la puerta del hotel, se anunció el nuevo año. El periodista y hotelero se dieron un abrazo. A los pocos minutos, Cayetano Ramírez ya estaba con la familia venezolana que cantaba aquellas canciones de navidad y festivas de Venezuela.

—¿Quién toca el cuatro de esa manera tan maravillosa y que escuché desde la ventana de mi habitación en el hotel? –preguntó el periodista corresponsal que ya había despachado desde el día anterior las noticias de la crisis económica mundial.

—No tenemos un cuatro, son nuestras voces desafinadas que cantan “Ansiedad”.

—Brindemos.



# EL CUATRO EN ALTA MAR







**C**uando el pintor José Ignacio Zambrano Arellano navegó a Italia para estudiar pintura en una escuela de Milán, por aquello de buena suerte y no tener suficientes centavos en el bolsillo, viajó en un barco carguero.

—Una larga y lenta travesía... —dijo.

Por las noches y después de la cena, José Ignacio sacaba su cuatro para animar a la marinería, personal técnico y de servicios.

—Noches hermosas, plenas para un poeta... —dijo.

En esos días finales de agosto hubo cambios de temperatura, ventiscas producto de los monstruos marinos y las tormentas daban miedo en quienes no tienen la costumbre de maniobrar en alta mar.

—Saqué el cuatro y canté ante una ventana que me mostraba la oscuridad total del cielo. Aguas saladas, profundas con fieras y sustos.

— ¿Un susto de muerte?

—Debe ser un milagro divino, porque a los minutos la mar era calma. Solo la música nerviosa del cuatro se escuchaba cuando la tripulación permanecía en sus mandos.

Una semana más tarde, y en Milán, José Ignacio inició un trabajo artístico en telas de 50 por 40 donde plasmó la tormenta, el barco carguero y a un gigante con un cuatro en sus manos –que dominaba mitológicamente las aguas embravecidas del Atlántico–, por aquello de que el mundo podía acabarse en boca de las bestias que viven en pesadillas.

—Aún hago repicar las cuerdas del cuatro y la luz de la mar viene.

# EL CUATRO DE LA MAGIA





# 1



Cuentan que cuando el tío Quintín Campo Elías de la Palma era un niño de 7 años, fabricó su primera guitarra de cuatro cuerdas utilizando una vasija de lata en la que venía aceite de maíz.

—Tiene muy buena afinación y un sonido dulce –dijo pronto el abuelo José Mercedes y sacó dos cucharas para acompañar la música que se improvisaba.

—Aprendí solo –dijo el niño.

El cuatro se convirtió en la gran novedad, en el objeto mágico, en la última maravilla del universo y durante las tardes en el arreo de las vacas y ovejas se escuchaba la voz cantarina y el sonido de la pequeña guitarra en todos los lugares maravillosos de la tierra.

La verdad siempre sea dicha, porque Quintín Campo Elías de la Palma era un talento con la madera, los cinceles y los dibujos en la madera. Era capaz de construir una nave espacial, un carruaje para las hadas y unas camas para los gnomos que vivían en el Monte de los Venados.

“Ese cuatro tiene magia”, decían las maestras.

—Algún ángel vino a darle entendimiento al niño que es muy dedicado en el trabajo –agregaban las señoras en los actos culturales de la escuela.

—Ese cuatro no tiene gracia, tiene el sonido desafinado como si le faltase escala a los diapasones. Las notas musicales parecen mugidos de vaca trasnochada con hambre –agregaba Marcelino Peces, quien se moría de la envidia por no poder construir una guitarra de esas.

## 2

Llegó el día en que el mago Domingo Siete Luces se enteró de los poderes milagrosos de un cuatro fantástico, construido por el niño Quintín Campo Elías de la Palma. El nigromante de raudo emprendió viaje para ir hasta Catalina de los Vientos y adquirir el instrumento, al precio que fuera.

—Le compro el cuatro... —dijo el mago Domingo Siete Luces, quien tenía una pata de palo, un sombrero remendado y una capa verde chorreada y descolorida.

—No está a la venta; lo quiero guardar porque fue mi primer trabajo en el taller de carpintería —dijo muy convencido Quintín Campo Elías de la Palma.

El mago Domingo Siete Luces comenzó a ofrecer su espectáculo, y lo más curioso es que cuando aparecía en escenario lucía ropa que deslumbraba. Su sombrero de escarcha, un anillo de amarillo radiante y de sus orejas salían aves, conejos, caballos, juguetes y una guitarra diminuta.

El artista hipnotizador le regaló a Quintín Campo Elías de la Palma, un acuario donde había caballitos de mar, pequeños barcos y se podían ver las sirenas y gatos que andaban sumergidos en el agua verde claro.

—Le regalo el cuatro y no se lo diga a nadie —dijo Quintín Campo Elías de la Palma.

### 3

Una semana más tarde, las noticias de los diarios y en la radio de onda corta, comentaban que ese cuatro musical en manos del mago Domingo Siete Luces, le habían permitido ganarse el título del “mejor mago del mundo” en París.

Los expertos en magia llegaron al mes a Catalina de los Vientos en busca del niño Quintín Campo Elías de la Palma, constructor de prodigios, quien al hacer nuevas construcciones de cuatros comprendió que la magia se había ido a otro lugar y muy lejos de sus manos.

—Hemos perdido nuestro viaje o el mago Domingo Siete Luces no nos dijo la verdad –comentó la maga Eleonora Diamantes.

—Debemos encontrar las claves secretas –agregó el ilusionista Casimiro Pesares.

#### 4

Al año, el mago Domingo Siete Luces notificó que el cuatro musical de la magia se lo habían robado en un viaje de barco y no hubo manera de encontrarlo.

Lo cierto, que se puede constatar, es que el cuatro apareció por arte de encantamiento en el taller de carpintería donde nació y cada vez que intentan rasgar sus cuerdas sale un rugido; y donde están las clavijas brota fuego que derrite cuanto alcanza.

# EL CUATRO DE LA NIÑA CIEGA







Cuando llegó el genio y rey del cuatro, Jacinto Pérez, a Catalina de los Vientos, el puerto se llenó de admiradores y seguidoras del cuatrismo, como nunca antes en la historia musical de tan lejano y olvidado puerto del Caribe.

Era tanto el entusiasmo con bomberos, brujas vestidas de verde, caballerías, equilibristas, mascotas, músicos, parapentistas sonámbulos, payasos magos, policías y reparto de horchata, buñuelos de yuca, churros, cohetones y pólvora tumba ranchos.

Fue hasta con más postín la llegada de Jacinto Pérez si la comparamos con la bienvenida apoteósica brindada en Caño Amarillo, el 25 de abril 1935 en Caracas, al tanguista y poeta Carlos Gardel. La bienvenida al cuatrismo Jacinto Pérez fue en la época dorada de las estaciones radiales. La televisión aún no era un sueño de los inventores.

—Ajá, ¿qué crees tú...? —dice el periodista Luis Zambrano.

—De recuerdos se vive... —responde el tipógrafo Juan Urbina.

Todas las tardes, Radio de los Vientos y el locutor Celedonio Mijares de las Toronjas, colocaba en discos de 78 revoluciones por minuto el repertorio musical criollo venezolano, en la interpretación del solista Jacinto Pérez.

Ese hombre de piel morena, peinado como los toreros Girón, muy callado y con sombrero blanco en su mano junto al cuatro, enloquecía a las mujeres que lo escuchaban en la radiodifusora, justo al minuto y a la hora cuando se preparaba la cena. La radio ocupaba la atención de la familia con melodías que se ejecutaban punteadas con el cuatro de Pérez.

La pieza que más solicitaban al estudio radial era el vals “Dama Antañona”, música de Francisco de Paula Aguirre y letra del poeta y humorista Leoncio Martínez. También se pedía el joropo central “Aragua Linda”, de Arístides Villamizar y Salvador Rodríguez.

“Viva el mejor cuatrista, el joven Jacinto Pérez”, exaltaba el locutor Celedonio Mijares de las Toronjas. Bajó del buque acompañado del capitán Humberto Bonifacio Torres Pérez y Pabón, quien era excelente arpista y cantante del joropo a ritmo de quirpa.

Rodeado de la multitud, Jacinto Pérez recibía una lluvia de pétalos de rosas, serpentinatas. Los muchachos de las escuelas seguíamos al artista más grande que haya visitado

con tanto honor al borrado pueblo de mar y montaña, Catalina de los Vientos.

En el Palacio Municipal le rindieron homenaje al ejecutante del cuatro. Recibió la bandera nacional, claveles, elogios y un acuerdo de los ediles, quienes lo declaraban “Hijo Ilustre” de este poblado. Por la noche y en la Plaza Bolívar fue el concierto que escuchamos gracias a los altoparlantes repartidos en árboles y tejados con la señal de Radio de los Vientos y que, con orgullo, solo se escuchaba en nuestro pueblo.

Jacinto Pérez casi no hablaba, pues era tímido.

Otra multitud lo acompañó camino al hotel Casa Grande, donde lo esperaba la orquesta Mano Peluda, dirigida por la maestra y cantante Antonieta Contreras de la Fortuna. El animador de la gran fiesta era el locutor José Alberto Velazco.

— Abuela, qué recuerdos tan bonitos del rey del cuatro, don Jacinto Pérez —comentó la nieta Ofelia.

—Es que mi hermana, tu tía abuela Sara de los Reyes Andrade, quien era ciega, escuchaba las composiciones musicales del joven maestro Pérez porque estaba enamorada de ese artista. Ella organizó esa visita. Todas las niñas de la escuela, las maestras y los padres, reunieron dinero para que el gran artista visitara Catalina de los Vientos.

—Abuela, como si fuera de ayer nomás, ¿todavía recuerda esa historia?

—Fue la locura de Sara de los Reyes Andrade y se le cumplió ese sueño en el tablado de Radio de los Vientos y en el teatro Glorias Patrias.

Jacinto Pérez regresó a Puerto Cabello al tercer día, lo fuimos a despedir al puerto. El buque Páramo El Zumbador se perdió en esa lejana luz que se lleva la noche y la mar.

El cuatro de Jacinto Pérez quedó en manos de Sara de los Reyes. Luego llegaron cartas y postales porque la adolescente demostraba una gran disposición musical.

—Cuentan en la familia que la tía abuela Sara de los Reyes Andrade murió muy joven. Algo muy extraño que nos llenó de una tristeza larga durante todo el siglo.

—Sí... La fiebre amarilla o una enfermedad tropical... No recuerdo bien.

El cuatro de esa historia ahora está en manos de la profesora Celia Cuevas Soles Duque, en San Nicolás de la Lejanía, precisamente en el Museo Nacional del Cuatro.

Dicen que en las noches cuando el cuatro es ejecutado, en la distancia de esas aguas profundas, se escucha llorar a una niña. Se cree que es Sara de los Reyes quien no quiere que utilicen el cuatro que perteneció a su radiante artista Jacinto Pérez.

# LA CASA ENCANTADA DE LOS CUATROS







**E**n el viejo taller de fabricación de armónicas, armonios, bombardinos, charrascas, clarinetes, cuatros, furrucos, guitarras, maracas, trompetas, tumbadoras y violines de la abuela Nectárea Azucena Armonías, se decía siempre que todo ese mundo era un secreto y lo más recomendado era ni siquiera asomarse a esa propiedad hechizada.

Un gato aparece siempre cuando llega la noche. Luego se le ve volar al felino sobre los tejados donde ejecuta un violín. A quien lo escucha, parece que al día siguiente le vienen sorpresas muy gratas.

—Nadie quiere contar la magia que le trae el gato Ciro, el violinista, a quien lo sigue con la mirada sin parpadear.

— ¿Por qué la gente es tan egoísta y se guarda los secretos?

—Si no lo hacen es por ingratitud, o para que no se aleje el encantamiento –dice Juan Camisas, el último poeta de Catalina de los Vientos.

La profesora de piano, repostera y matemática era de muy poco hablar. Por la noche se le veía que escribía música. Tenía un telescopio. Testifican algunos mirones, que un viejo maestro de la magia, don Marcelino Agustín Olvidos, llegaba montado en una alfombra mágica y se iban de paseo para luego regresar con juguetes que repartía a sus alumnos.

—Ya estoy cansada de tantas mentiras.

—¿Mentiras?

—Esa señora Nectárea Azucena Armonías tiene sus historias musicales.

—¿Qué tiene la profesora Armonías? –pregunta Marcelino Agustín Olvidos.

—Que esa bruja y antipática señora no tiene ningún poder del encantamiento.

—Ella es un orgullo para Catalina de los Vientos.

—¡Ah..., con ese decir! Pues ella es una anciana normal y corriente que llegó huyendo de la guerra. Su verdadero apellido es polaco y nada más –decía Rosario Ahumada Estrella, la vendedora de flores.

—La envidia es mala –respondía Pedro Molinos, el panadero y violinista de Catalina de los Vientos.

—Nectárea Azucena Armonías no fabrica instrumentos musicales, los encarga y los traen sobre alfombras mágicas –asegura Isabel Canta del Río, la costurera de la calle Abanico, donde está el taller y escuela de música.

Todos los días Nectárea Azucena salía conduciendo una antigua camioneta pintada como una guacamaya para traer madera. Una tarde salió con cierto aire de misterio de un blanco novia que se elevaba a los cielos y no regresó más nunca, ni siquiera en sueños. ¿Se fue al reino de los árboles? ¿Tenía un novio en las nubes?

—Se fue porque le molestaba la dentera amarga de quienes iban al otro lado de la calle para no saludarla a ella cara a cara –comentaban en casa de los Valencia Arenga.

—Se fue al cielo, donde sí le van a apreciar su arte como fabricante de instrumentos musicales que sonaban a encanto de la ternura –respondían los Guerrero Pimiento.

—Ya era una anciana con cara de bruja dormida —dijo Jorge para molestar.

—Cómo se ve que eres un desagradecido —respondió Félix.

Al día siguiente, la señora Noelia Ventisca Flores, quien venía a preparar pasteles de manzana y fresa los viernes por la mañana, siguió en su trabajo en el horno. Ella sabía que la casa estaba a solas, sin un respiro. Ni se veía al gato Ciro que andaba de tristezas en el campanario de la catedral.

Allí estaba en su trabajo la familia de gnomos, esos seres invisibles de los bosques que solo se dejan ver de quienes tienen en su corazón la bondad.

—Por qué ha tardado en venir, señora Noelia Ventisca Flores. La maga se ha ido, se despidió de nosotros y nos dejó la tarea de seguir construyendo nuestra vida en la música —dijo *Boca de Cuatro*, quien es cantante y bailarina de danzas andinas.

—Ha llovido mucho y Río del Páramo, además con esa neblina tan espesa, no deja pasar ni a las luciérnagas.

*Caja de Resonancia* estaba en la mesa del taller donde se construían los cuatros, guitarras y otros instrumentos. Parece que se hubiese comido una ballena porque su cuerpo era grande. *Cejilla* se le acercó para animarla.

—Si te enfermas del ánimo por la ausencia de Nectárea Azucena Armonías, las melodías se van a ir quién sabe a dónde. Nos vamos a morir todos en la tristeza –dijo *Cejilla* a doña *Caja de Resonancia*.

—Siento un gran vacío en mi corazón, unas ganas enormes de llorar y de noche todo es oscuridad –respondió *Caja de Resonancia*.

Noelia Ventisca Flores dijo que las tristezas se iban de paseo porque en la casa con balcón *Clavijero*, las cuatro niñas *Clavija*, estaban atadas a cuerdas traídas de las tripas de gatos. El maestro Cambur Pintón quiere que cada quien esté en sus dulces registros para que las melodías sean un homenaje a la finada Nectárea Azucena Armonías.

—Todos deben ponerse en sus alegrías –dijo el famoso maestro Cambur Pintón, y agregó–: Creo que hay personajes que no quieren jugar en los sentimientos de la música.

Los *diapasones*, el *punte* y los *trastes* dijeron que ellos estaban alineados para que las notas musicales tuvieran su época y que la gente saliera al ruedo a festejar.

Pasaron los años y la señora Noelia Ventisca Flores siguió en su trabajo del horno.

Nunca se supo en verdad quiénes fabricaban cuatros musicales en esa casa de encantos, donde vivió por más de 100 años la maestra Nectárea Azucena Armonías.

Y se ha llegado a pensar que esa señora nunca vivió por estas tierras. Algún cuentero que fascina con sus poderosas leyendas y misterios que dan miedo. Certifican también que la maestra del cuatro vive en la casa blanca, al otro lado del bosque. Y lo mejor es no andar de curioso y conformarse con las palabras que andan de boca en boca en Catalina de los Vientos.

La casa, igualmente vencida por la edad de las lunas, apagó todas las luces, cerró ventanas y allí ahora vive el gato Ciro que entra y sale a un espejo. Todo más lejos es silencio. Una vez al año, se sabe que regresa una dama en una alfombra mágica, carga cuatros y sigue el vuelo hacia Monte de los Luceros, donde nace el sol de los árboles que dan la madera para fabricar instrumentos de cuerda.

La noche se hace plena si se atiende con agudeza a los sonidos, pues se siente que en algún lugar de esos jardines de la casa están afinando un cuatro. Quien logra escuchar esos sonidos recibe por encantamiento una alfombra, como las que nos regalaba en la escuela la maestra Nectárea Azucena Armonías.

La verdad de todo cuanto ya se olvida en Catalina de los Vientos, es que quien escriba la historia de Nectárea Azucena Armonías, debe conocer todos los secretos musicales del cuatro. Es la única manera de poder descubrir sus secretos, que están en el libro *La Magia de Nectárea*.

# EL MAESTRO DEL CUATRO QUE SUBIÓ AL CIELO







**L**a noche del último domingo de septiembre y luego de la retreta, fue cuando Jesús de la Corte Celestial Canito Nieto Melani cerró sus ojos para siempre. Él mismo esperaba a unas señoras de vestidos largos blancos y azules que lo iban a llevar, al pasar la medianoche, a una casa con paredes de arena, ventanas abiertas y lunas de lluvia, donde iba a instalar su Escuela de Cuatro.

— ¿Ya vienen las señoras que soñé anoche? —preguntó muy calmado el músico que, en Catalina de los Vientos, lo mencionaban como el maestro Canito.

—No han llegado las matronas—respondió Josefa Aurora.

—Ellas son del coro de los ángeles —aseguró Canito.

—Aquí, la verdad, no las conocemos –dijo Segundo Antonio.

—Ni hemos arreglado habitaciones para las señoras –agregó Gladys Cecilia.

—No tenemos tantas camas para hospedarlas –manifestó preocupada Graciela.

—Ya las mandaremos a descansar en las casas vecinas –propuso Consuelo.

—Ya vienen las damas con sus sinfonías y vestidos largos –respondió con cierta duda Rosa Joaquina Vainilla, viuda de Apolonio Jorobado, quien era la maestra de canto coral y conocía los sueños, alucinaciones y bromas de Canito.

La luz eléctrica se apagó un largo rato en el puerto, en las calles y casas de Catalina de los Vientos; de instantáneo, aparecieron, ahí mismo, unas 50 señoras muy alegres, cada una ejecutando un cuatro, panderetas, sinfonías y bandurrias. Entraron con la alegría de los peregrinos el Día de los Reyes. Ellas bailaron en el patio, mientras Jesús de la Corte Celestial Canito Nieto Melani alcanzó un sombrero de mago y pronunció sus últimas palabras, que todos escuchamos como si vinieran de algún lugar de las alabanzas divinas y los misterios gozosos.

—Llegó la hora y nos vamos... –dijo el maestro Canito.

—Estrella de la mañana, arca de la alianza, esperanza de los afligidos... —dijo en voz alta la abuela Teresa y la multitud que estaba en el patio respondió: “y brille para él la luz perpetua... descanse en paz...”.

Comenzó a llover en esos días de septiembre. La oscuridad en el pueblo era total y en la casa de Canito una luz tímida de vela creaba un resplandor nunca visto.

Las pequeñas guitarras de cuatro cuerdas fueron colocadas sobre una alfombra milagrosa. Allí, en esas orillas de los cuatros arrimados, se vio cuando Canito y las damas de blanco y azul, levantaban vuelo para ir a las cortes celestiales y no regresar jamás. Todo parecía una película fantástica en la oscuridad lunar de Catalina de los Vientos.

En esos días de dolor en la espalda, de las manos y quedarse dormido en largas mañanas, Jesús de la Corte Celestial Canito Nieto Melani quería ir a dar un paseo y escuchar la retreta, volver a ejecutar melodías con el cuatro, construido con tablillas de cedro, que lo acompañó durante siglos. En su lecho permitía que le leyeran las noticias de los diarios de San Cristóbal y Caracas. Quería darse algunos caprichos con postres y recordar capítulos llenos de humor sobre su propia vida.

Un hombre delgado, delgadísimo; alto, altísimo, como el maestro Canito, tenía una genialidad para ver lo que nadie podía ver en las ironías, burlas o el humor de la vida diaria. Pudo haber sido el mejor libretista de *Radio Rochela*, la gran cruzada del humor.

El cuatro lo dominaba en el repertorio popular y clásico. En el Instituto Parroquial Corazón de Jesús, el profesor Rafael Arellano Mora, quien sabía latín como el Papa y ejecutaba el armonio de la basílica, aseguraba que “un acto cultural escolar era de esplendor artístico si actuaba como solista Jesús de la Corte Celestial Canito Nieto Melani”.

—Yo creo que la guitarra tiene más encanto... —le dije a Canito, a riesgo de que lanzara los zapatos al techo y le diera un ataque de estornudos.

—El cuatro está más cerca del corazón, por eso los llaneros son rápidos en la inspiración de la copla, la décima y el corrido —respondió.

—El cuatro siempre está de acompañante en conciertos de desafinados, los distraídos y sordos —reafirmé con la misma velocidad que él se defendió.

—Quien no sabe de la música del cuatro termina dándole golpes como si intentara tumbar una puerta...

— ¿Verdad?

—La música del cuatro es solo para el talento, la originalidad; y solo se debe escuchar con ingenio o cuando se acompaña una buena voz con cuatro para que sienta en el alma una serenata.

— ¿Una serenata?

—Mañana vienen las señoras y al día siguiente creo que ya no vamos a conversar más, porque me voy. Llévase esos discos y los libros de poesía. El cuatro mío me lo llevo.

En aquella antigua grabadora con cintas de carretel, que instaló Víctor Hugo Pérez, quedaron registradas varias de nuestras conversaciones. El arpa del maestro Amado Granados Sueños, el clarinete de Rubén Duque, el bombardino de Pedro Salcedo y la mandolina de Esteban Duque, ejecutaban valsos. El cuatro de Canito, al rasgueo y punteado, llevaba la melodía. Catalina de los Vientos permanecía en silencio, extasiada, feliz.

Llegó el día del viaje de Jesús de la Corte Celestial Canito Nieto Melani y al estar Catalina de los Vientos sin alumbrado eléctrico, las miradas estaban sobre la alfombra mágica, una vela y muchas señoras que se alistaban para ascender a los cielos, según los sueños escritos por Canito (el maestro del cuatro, quien afinaba el instrumento según las reglas maestras de la academia).

Un destello de verdes y la alegría en las escuelas tuvo sus minutos a la hora de decir adiós a Canito. Las señoras olvidaron sus sombreros, de donde salían manadas de colibríes que desaparecían entre las flores sobre la mesa de carpintería.



# LA NOCHE DE LAS SIRENAS







**A**l llegar la noche, todos iban al puerto de Catalina de los Vientos para escuchar cuentos de los marineros, pescadores, vendedores de jabones traídos de la India, tejedores de redes para pescar, largas historias de aventuras de los guardia marina que tenían cuentos sobre monstruos de lejanos mares, tempestades en alta mar y tormentas que se desataban cuando se pronunciaban palabras hirientes.

—Anoche vieron a las sirenas que tocaban los cuatros y cantaban como espíritus celestes. Yo las vi desde el espejo grande, pues no quería mirarlas directamente para que no me encantaran —dijo con emoción Juvencio Porcelana, el fotógrafo y edil que siempre tiene alguna historia de viajeros y sonámbulos.

Historias tal vez leídas en cuentos griegos sobre aquellos buques iluminados que se acercaban con lentitud, y al estar muy cerca desaparecían como aves asustadas entre la oscuridad de las aguas tenebrosas y profundas.

—Las sirenas no sé de dónde sacan cuatros, porque en aguas saladas esas guitarritas se pudren –comenta Justina Cartas, la pintora de mares nocturnos.

—Esos cuatros no son de madera, están contruidos con caracoles y por eso el sonido nos llega a nuestra alma –manifiesta el escultor Gregorio Maíz Puertas.

—Escuché la música de las sirenas a orilla de la playa, allí mismo en la punta de mi nariz. Es el espectáculo más hermoso que haya conocido. Quedé embrujado y no pude dormir, porque la música se quedó dando vueltas en mi memoria como un carrusel y parecía que volvía a ser un niño –aseguraba Clemente Ramas del Pardo, el odontólogo y mago del teatro Rodolfo Santana en la escuela.

Eran los días de sentarse unos junto a otros por el miedo de esas leyendas, de las voces de los cuenteros en las que había huesos enterrados, se veían luces fugaces y las casas cambiaban de lugar. Las voces del más acá de las sombras tenían ecos.

—La noche de las sirenas nunca existió. Ese es un cuento que alguna añeja murmuradora o algún viejo desocupado se tejió para ganar fama y admiración en Catalina de los Vientos –precisaba Amanda Montes de la Calva, la comandante de la policía naval, quien prefiere leer los periódicos atrasados y borrar sus canas con zumo de las hojas quemadas por los soles, marchitas en el suelo del árbol Buen Amor.

—Yo sí creo lo que he visto, porque las sirenas suben a las rocas de los colores y desde allí hacen feliz a quienes las escuchan. Nunca le han dañado un objeto a nadie, ni por ellas se ha causado dolor. Cuando cantan, nosotros somos el coro de sus himnos marinos –dice don Jacinto Caballos y Cebada, el dueño del cine Chimborazo, quien ha prometido escribir un libro sobre las sirenas en Catalina de los Vientos.

Se hablaba de las sirenas que se acercaban a las playas y cantaban con tanta dulzura, con esa magia y magnetismo que las señoras le obsequiaban sus prendas y ellas a cambio entregaban perlas.

—Yo me enamoré de la sirena Claudia Luces y Caracoles y fue ella quien me dijo que no tocara “con mis pies las aguas de la playa” porque iba a perder mi memoria para siempre. Aquí están las fotografías, y este es el momento cuando Claudia cantaba para mí y me regaló el cuatro cuerdas con corazón de nácar –reveló alguna vez entre amigos marineros, Rolando Vivas de la Cierva, el locutor y compositor más famoso en Catalina de los Vientos y pueblos cercanos.

—Yo estuve esa noche y recuerdo que la sirena Claudia Amanecer Rosa nos regaló en esa serenata tres perlas para que las guardáramos siempre, y exigió que nunca se vendieran por ningún precio –dijo Enrique Alejo, el panadero y pastelero de la esquina Buena Suerte.

Fue en esos días cuando desapareció el capitán Florencio Alejandro Casanova Madera, quien salió a pescar en una pequeña embarcación. Dicen, con envidia, que él estaba locamente enamorado de una sirena a quien le juró amor eterno. Pues el hombre del mar no apareció nunca más. Aseguran ver al marino, alguna vez de sombrero blanco y lentes verde botella, en La Asunción, isla de Margarita.

—Esa historia de las sirenas, mucha gente no la quiere creer. Mi marido filmó una película de cuando las sirenas construían, con sus propias manos, las guitarras de cuatro cuerdas y las afinaban en compañía de sus voces corales —dijo doña Virginia Celofán, viuda de Carmelo, impresor y confitero.

—Ahí viene Tulio Duque, el mejor fotógrafo de los matrimonios, quien siempre guardó los retratos en blanco y negro de las sirenas que nos hipnotizaban en Catalina de los Vientos —recordó con lujo de detalles, la dueña de la floristería, doña Estrella Pérez.

En Catalina de los Vientos en días de lluvia eternos, el viento desafía a los árboles y los tumba en ese combate de ángeles ocultos entre el agua y las nubes. Hay noches de verano, cuando las ranas salen a dar serenatas y los gatos van al puerto a celebrar fiestas. Pues, en esos días, llegan músicos de pueblos cercanos y hacen las fiestas en las plazas, lucen trajes de diablos, hacen bromas a la gente y luego entran a las aguas,

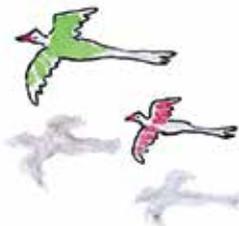
se van al nado y no se sabe a qué lugar van a salir. Esos son fantasmas porque no toman agua, ni se comen ni un pan regalado.

—Al paso de los años, todos aquellos testigos no volvieron a narrar esos momentos fantásticos a la espera de que regresaran las damas de la música –dijo Leoncio Jaramillo Jueves, quien guarda en una caja de madera, la cabellera y escarcha luna de una sirena.



## ÍNDICE

El cuatro encantado	<b>7</b>
El cuatro de Tomás	<b>13</b>
Ante los espejos	<b>17</b>
Construir un cuatro encantado	<b>21</b>
La afinación de Gato Viejo	<b>29</b>
Un cuatro en la tormenta invernal	<b>57</b>
El cuatro en alta mar	<b>63</b>
El cuatro de la magia	<b>67</b>
El cuatro de la niña ciega	<b>73</b>
La casa encantada de los cuatros	<b>79</b>
El maestro del cuatro que subió al cielo	<b>87</b>
La noche de las sirenas	<b>95</b>



**Hugo Colmenares (Táchira, 1952).** Periodista y escritor. Algunas de sus obras han sido merecedoras de mención de honor, como *Cayena la vaca que estornudaba* (novela infantil) y *El burro Tandurk viaja a Marte en bicicleta* (cuentos). En el 2009, su libro *Los miedos de tía Altagracia* obtiene el premio COFAE. Ha publicado cuentos en el mensuario dominicano *Periodikidto* así como en la revista *Tricolor*, de la cual actualmente es miembro del consejo de redacción. Es autor de los libros: *El tigre Zafiro Andaluz* y *la gata Goda*, y *El viejo almacén del maestro Daniel Rahoz*, además de diversos trabajos cuentísticos.

**Carmen Salvador (Caracas, 1953).** Arquitecta, pintora e ilustradora. En su prolífica trayectoria ha participado en la ilustración de más de veinte títulos de diversas editoriales nacionales e internacionales, algunos de los cuales han sido premiados por el Banco del Libro, Centro Nacional del Libro y la Jugend Bibliothek (Alemania). Entre la larga lista de libros ilustrados se mencionan: *El rey mocho*, *Estaba el señor don Gato*, *El tigre y el conejo*, *La casa bonita* y *A la una la luna*.

